



CAPITULO II.

I.

DEVOCIÓN DEL REY PRUDENTE.

Los enemigos fieros y mansos de D. Felipe II pueden comenzar á ver con todo lo referido y mucho más que se irá exponiendo, cómo la NUEVA LUZ, repito, no ha exagerado la piedad y fe católica de aquel gran Monarca, sino que se quedó corta y muy atrás de la realidad sobre este punto ¹. Ni tampoco su autor tuvo jamás intentos de convertirlo en santo canonizado, como á falta de otros defectos le

¹ Además de ser piadoso el Rey, dice Cabrera haberlo sido «siempre en la grandeza de su dignidad. En público y en su Cámara su habla era real, grave, fácil, breve, llana, usada con sentencias tantas que se pudiera hacer buen volumen de sus apothegmas... Su agradable vista y representación de poderoso rey por virtud, poder y discreción admiraba, causando alegría su hermosura, reverencia sus virtudes, temor su potencia y admiración su prudencia... Bolvia el rostro á oír decir mal de otros, y mas si eran ministros: y á las adulaciones decía: dexad eso y decid lo que importa.» Cabrera, lib. V, pág. 276 y 277, cap. XVII. Buen número de los apothegmas que menciona Cabrera se ofrecen esparcidos en la obra del Dr. Narbona intitulada *Doctrina Política Civil escrita en Alforismos* y dirigida al Rey D. Felipe IV. Otros muchos se registran en aquel precioso libro que lleva por título *El Consejo y Consejeros del Príncipe* por el sabio Federico Jurió Ariol y dedicado «Al gran Católico de España D. Felipe el Segundo.» De los *Dichos y Hechos* de Felipe el Prudente que nos dejó Porreño no hay que hablar, porque el solo nombre de tal obra lo dice todo.

han querido echar en rostro la emulación envidiosa y ruín ignorancia. Porque como acabo de apuntar y en el discurso de este libro se ofrecerá con toda claridad, falta muchísimo que exponer en orden á la piedad, ciertamente extraordinaria de D. Felipe el Prudente. La cual, si bien se manifestó muy de relieve y levantada en aquella mortal enfermedad del Rey, se ostentó asimismo con todo esplendor y solidez, conforme queda apuntado, en todas las edades de su vida. Por lo cual el célebre Ascanio Colonna, Cardenal diácono de la Santa Iglesia Romana exclamaba un día en solemnísima sazón, ante el Sumo Pontífice y la ciudad de Roma de esta manera: «¡Oh alma religiosa de Felipe! ¡Oh reverencia jamas oída á la divinidad! ¡Oh piedad excelsa é incomparable en estos míseros tiempos de la república cristiana! Tú, oh rey, has manifestado muy grandes señales de religiosa piedad en el principio de tu vida, mayores en el fin y grandísimas en la flor de tus días así en medio del fervor y de la religion, como entre el estruendo mismo de las armas.» ¹

Llenas están las historias de nuestro siglo de oro y verdaderamente español de testimonios elocuentes ensalzando como es debido la piedad del Católico Monarca en las diferentes épocas de su vida. Y no ha lugar á duda que su celo por la religion de Cristo le hacía repetir en público que ni á sus propios hijos perdonaría si por ventura llegáran á contagiarse de la peste cismática ó luterana. Y así declaraba que todos sus movimientos y planes, pacíficos ó guerreros, no llevaban otro término mas allá de la exaltación y engrandecimiento de nuestra católica religion. Y en este mismo concepto le tenían los Sumos Pontífices y le creían con mucha razón la mejor defensa y principal

¹ «O religiosum Philippi animum: o divini numinis numquam auditam reverentiam; O pietatem egregiam, et his miseris christianæ reipublicæ temporibus inusitatum!... Tu magna in prima, in extrema maiora, maxima in media ætate, maturata religionis aestu, vel in medio ipso armorum fulgore clarissima hodie pre te tulisti pietatis indicia»... Ascanii S. R. E. Diacon. Cardinalis Columnæ *Oratio in funere Philippi II Cat. Hispaniarum et Indiarum regis potentissimi*, Romæ ex Typographia Nicolai Mutij. M.D.IC.

amparo de la prosperidad y unión de la Iglesia. ¹ Y con efecto, sobrábale razón al célebre Cardenal Romano para encomiar por la manera vista las virtudes del Monarca español que acababa de espirar en habitación modesta y por demás humilde de su escurialense Monasterio. Lo cual, se evidencia más y más, leyendo otra carta inédita del gran Rey, que desde Villamiel dirigió al Cabildo primado de estos reinos. Hela aquí transcrita con toda fidelidad.

«El Rey. Venerable Dean y Cabildo de la Santa Iglesia de Toledo, los trabajos con que nuestro Señor es servido visitar-nos en estos tiempos, son de manera que es necesario acudir á suplicarle tenga por bien tolerarnos no mirando á nuestras culpas, y sacar dellos el fruto que Su Divina Majestad suele, sirviéndose por su gran misericordia ayudar su causa y los que la defienden, y a mi inspirarme para que como deseo acierte mejor á guiar y enderezar lo que mas sea su sancto servicio, bien y beneficio publico de toda la christiandad que es mi principal fin y deseos, y pues por medio de las oraciones ha hecho y hace siempre Dios tanta merced á su pueblo, muy confiado en las vuestras os encargo mucho las hagais luego en essa sancta iglesia, con instancia y devocion que yo spero y para que le sean mas aceptas y nos oyga procurareys que entre todo aya mucha conformidad y charidad y que sea viva con el recogimiento y buen exemplo que es razon y se deve al habito que profesays que en todo me terné por muy servido. De Villamiel á 17 de Agosto de 1596. Yo el Rey. Por mandado del Rey nuestro Señor—Francisco Gonzalez de Heredia.» ² Sobre este

¹ «Quanto á su piedad y religion viven oy aun muchos que le oyeron dezir, si el principe su hijo fuera herege, ó cismatico diera él mismo la leña para quemarle. Él protestó siempre, que sus designios en la guerra y sus exercitos no se encaminavan á otra cosa, que al ensalzamiento de la religion christiana. Los Papas le respetavan, como á quien era principal apoyo de la paz y de la union de la Iglesia.» *D. Felipe el Prudente Segundo*, por D. Lorenzo Vander Hammen=fol. 125. Madrid 1632.

² Archivo del Cabildo de Toledo—Véase el libro de Actas Capitulares—correspondiente al año de 1596. No se contentó el Papa Clemente VIII con los elogios que de nuestro Monarca hizo ante el Conclave de Cardenales; los cuales elogios se publicaron ya en la NUEVA LUZ;

documento no hay que decir, sino que retrata muy á lo vivo, como los demás, el corazón del Rey Prudente, lleno de fe católica y confianza en la oración, singularmente, de los ministros de Dios. Como siempre, protesta además que el fin principal de sus empresas va encaminado á la gloria y defensa de la Iglesia.

Si alguno torcida y osadamente, ó por odio sistemático á la grandiosa figura de Felipe II, intentára afirmar que usaba Su Majestad tan místico y ejemplar lenguaje cuando platicaba con prelados ó escribía para los ministros de la Iglesia, más que todo ello era efecto de ficción y marcada hipocresía, sin duda se equivoca y juzga con apasionada ligereza, ya por cuanto queda explicado sobre las virtudes del gran Rey, y ya porque en igual estilo hablaba y escribía dirigiéndose á gente secular. Y así, en aquel manuscrito escurialense de *Memorias* arriba citado, compuesto por Fr. Juan de San Jerónimo, se lee una carta de D. Felipe dirigida nó á un prelado, ni cabildo, ni familia religiosa de algún convento, sino á Marco Antonio Colona, virey de Sicilia, corriendo el año 1578. Véala con sus ojos el lector, y con ella la fe solidísima y las virtudes acrisoladas que guardaba en el corazón el piadoso Monarca. Dice así: «Ilustre Marco Antonio Colona ¹ primo nuestro Viso Rey y Lugarte-

esto es, que no hubo rey tan prudente, sabio, amigo de hacer justicia á todos, tan paciente y constante en las adversidades *tan cristiano y tan católico*... si no que en una Bula plomada de jubileo general que concedió en tiempo de Felipe III, añadió. «que habiendo fallecido, algunos meses atras, el Principe de grata memoria Felipe II, Rey Catolico, recibió con ello la republica cristiana muy grave herida; por haber sido Rey potentísimo, de singular prudencia, practico, de celo y piedad excelente, y al cual Monarca arrebató la muerte en días prematuros á Nos y á toda la Cristiandad.» Pisa: *Hist. de Toledo*: fol. 271: edic. cit.

¹ Desde el siglo undécimo nada menos fué célebre y famosa la familia de los Colonas en los Estados Romanos; y creció su fama en las luchas incesantes con la familia de los Orsini. Y el Marco Antonio, á quien se dirige aquí el Rey D. Felipe, es aquel mismo valeroso capitán que en 1571, á la cabeza de las galeras pontificias, inmortalizó su nombre peleando contra los turcos á las órdenes de D. Juan de Austria en la batalla de Lepanto. Fué además virey de Sicilia y duque de Palliano; y prestados grandes servicios á la Iglesia y á la patria, murió lleno de méritos gloriosos durante el año 1584.

niente y Capitan general: aviéndose nuestro Señor servido de llevar para sí á los diez y ocho de este presente mes de Octubre de myll y quinientos y setenta y ocho años al serenísimo príncipe D. Fernando, mi hijo, con sumo desplacer y sentimiento por lo que allende de ser hijo mayor y tan amado príncipe heredero y jurado en estos reinos su buena y mansa inclinacion y grandes muestras de virtud prometian, nos ha parecido avisaros, y de que este golpe tan sensible le avemos recibido de su bendita mano con mucha conformidad con su santa voluntad, dándole ynfinitas gracias por la merced que fué servido hazerle en collocarle en tan tierna edad, y en estado de ynocencia en su soberano reino, para que entendiéndolo ansi como se debe cristiana y catholicamente probeays que no se haga en este reino en general ni en particular demostracion alguna de tristeza exterior, de honrras, luto ni otra cossa semejante á ésta,¹ antes en su lugar devotas processiones y oraciones, publicándole gracias por ello, y suplicándole con mucha umildad aplaque su yra, no mirando las culpas y ofensas que contra su divina majestad se cometen y que, para que más dignamente se haga esto y le plega debolver sus ojos de misericordia á los trabajos y aflicciones que su iglesia é pueblo cristiano padecen, procurareis quanto es de nuestra parte y la vuestra como ministro nuestro que cesen los pecados y escándalos con que su divina majestad tanto se offende, y para que cessando tambien su yra como effetos della, se haga de esta manera su santa voluntad, y sea en sus criaturas su glorioso nombre establecido y glorificado, dada en Madrid á veinte de Octubre de 1578 años². Tal era el lenguaje del Rey Prudente escribiendo al

¹ En 21 de Noviembre, año 1582, murió el príncipe D. Diego de la viruela, en el palacio real de Madrid. Había nacido á los 12 días del mes de Julio de 1575, y sido jurado heredero del reino por los prelados, los nobles y los procuradores castellanos, cinco años después 1580 á primero de Marzo. Gachard en su erudita introducción á las *Cartas de Felipe II desde Lisboa á sus hijas...* pág. 16, refiere sustancialmente lo que el Rey explica en este documento á M. A. Colonna.

² *Manuscrito de la Biblioteca del Escorial*=K-1-7: por el monje Fr. Juan de S. Jerónimo=fól. 99. Esta carta misma envió el Rey Prudente á los gobernadores de las provincias y los reinos de todos sus Es-

hombre secular, y por más señas perteneciente á la milicia, envuelto en mil negocios del gobierno del mundo y desempeñando el cargo altísimo de Virey en las provincias de Sicilia. Y si, con efecto, de la abundancia del corazón habla la boca, no hay para decir ahora más de que el de Felipe II, en cabal salud y prosperidad, andaba tan repleto de santos pensamientos y cristiana resignación, como ya se ha visto, cuando se hallaba cubierto de llagas y tormento en el año postrero de su vida¹.

Ni es por tanto maravilla que la historia imparcial de aquel áureo siglo de nuestras grandezas ofrezca á D. Felipe como rey católico, piadoso, amigo de Dios y vencedor de sí mismo, así en los sucesos prósperos como en los adversos. Por tales sendas se le comparó al Rey Josías y á San Luis Rey de Francia, príncipes ámbos encaminados á santos fines y designios, pero no obstante, vencidos algunas veces por sus enemigos. Y aun cuando no faltaron al Rey Prudente sucesos tristes y contrarios, ahora en el seno de su casa y augusta familia, ahora en el gobierno general de los estados; pero en uno y otro caso supo rendir la voluntad y resignarse á las dolorosas pruebas que le envió la Providencia divina, mostrando fortaleza cristiana hasta vencer los ímpetus mismos de la naturaleza².

tados. De tan célebre documento se valió y tomó materia S. Carlos Borromeo para escribir á los fieles diocesanos suyos del Arzobispado de Milán una carta pastoral importantísima, donde se lee la defensa más cabal y perfecta de Felipe II que se pudiera imaginar. Más adelante se dará cuenta detenida del documento episcopal y de cuanto allí se predica en favor del Rey Prudente. Véase el capítulo VII de esta obra, donde sustancialmente aparece inserta.

¹ Consta asimismo que el pío Monarca no quiso tampoco lutos, llantos ni tristeza en la muerte de su hijo D. Fernando al cual había dado á luz la cuarta esposa de su augusto padre, la reina Doña Ana de Austria en 4 de Diciembre de 1571. Gil G. Dávila: pág. 16, lib. citado. Con motivo de esta muerte el rey D. Felipe II escribiendo á Granvela le decía: «fuerte golpe ha sido, y tanto mas duele quanto mas cerca ha venido de los pasados, pero alabo á Nuestro Señor por todo lo que es servido hazer, conformandome con su divina voluntad y le suplico se contentar con lo hecho...» Esta carta del rey al Cardenal y de la mano de Mateo Vázquez se conserva en la biblioteca de Bruselas.

² «Fué infatigable diamante de la fe, muralla inespugnable de la cris-